

(contra el gramaticalismo logicizante), y desde la política emancipatoria organizada (contra el consenso ‘democrático’) autorice un pensamiento resistente”(146). Deleuze, es su gran atractivo, nunca hubiera caído en las atractivas engañosas que el coqueteo con la Identidad siempre nos puede proporcionar. Ése es su verdadero ascetismo, y por eso su pertinaz resistencia a ceder ante la falaz disyuntiva clásica de todo la filosofía occidental (el caos, el vacío, el infinito sin consistencia, o la identidad, el pleno, la consistencia sin infinito), y permanecer en ese *intermedio* (la diferencia, la apertura, el infinito consistente) esquivo, también, a toda suerte de equilibrio sobre el alambre, pues, él mismo lo dice, no conoce de otra práctica que la del vuelo o sobrevuelo a velocidad infinita.

Dice Badiou muy ingeniosamente, que el platonismo es la gran construcción ficción que la modernidad (y la postmodernidad) han venido utilizando siempre como anestesiado y debilitado contrincante para, a partir de él, proceder a otorgarse un sentido pleno y observarse como su superación. Cada autor, ya desde Aristóteles y aquello de “nosotros, los platónicos...” que decía en la *Metafísica*, se habría construido su particular platonismo respecto del cual poder autoafirmarse. Y esto hasta Deleuze y su famosa fórmula de la “inversión del platonismo”, que Badiou califica como “platonismo de bricolaje”. Se podría, manteniendo el mismo espíritu, calificar el Deleuze de Badiou como un “deleuzianismo de bricolaje”. Es de confiar que no se corresponda con los prolegómenos del, imprudentemente anunciado por Foucault, “siglo deleuziano”.

Fernando MERODIO CASTILLO

Colección *El árbol del Paraíso*, Ed. Siruela.

Con once títulos aparecidos hasta hoy, y una presentación a la altura a que nos tiene acostumbrados Siruela,—sobrecubiertas a 3 colores en papel verjurado 120 g, cubiertas estucadas, etc.— esta colección trata de dar una visión rigurosa de la diversidad de símbolos y mitos de la Antigüedad tanto oriental como occidental. Tratándose en general de primicias nunca publicadas en castellano, es de lamentar que algunas traducciones no sean directas del original.

El bloque mayoritario de la colección es el dedicado a la India. Guía para la lectura de los demás puede ser *Mitos y símbolos de la India* de Heinrich Zimmer, uno de los mayores indólogos de nuestra Época en la que se nos descubren — a través de una amena exposición, acompañada de relatos de mitos así como de análisis de obras de arte hindú, con fotografías al final del libro— sus dioses, sus símbolos, su concepción del tiempo, del hombre, hasta lograr introducirnos en esta cosmovisión en la cual la teología y la filosofía no están artificialmente separadas, como tampoco lo están teoría y praxis, ni ser y pensar; las tres grandes escisiones realizadas por

la modernidad occidental, productoras de un mundo en el que no hay “camino” medio, y que condena irremediablemente al solipsismo.

En ese hombre se centra el libro de Raimon Panikkar: *El silencio del Buddha: una introducción al ateísmo religioso* cuyo objetivo primordial es poner en relación, según sus propias palabras: *el mensaje del Buddha con la situación del hombre moderno, sin renunciar por ello a Cristo ni apartarme de las demás tradiciones*; es decir, la interculturación o *fecundación positiva entre ambas tradiciones* como solución al problema de la modernidad. La introducción del buddhismo, religión no-teísta, a modo de enlace entre un paradigma teísta que enloquece y uno ateo que deja al hombre en la angustia. Religión e ideología que sirve, a su vez, de nexo entre el individuo aislado y la multitud alienante mediante el *âtman*, principio espiritual individual y núcleo de la totalidad del mundo que no es ni singular ni plural. En esta obra, además, se pretende eliminar los prejuicios que podamos tener sobre esta tradición, a la que solemos considerar atea, analizando los textos por los cuales se la califica de esta manera.

Los textos que nos ofrece Panikkar no son los únicos que encontramos en esta colección acerca del buddhismo. En ella hallamos también una selección de cuatro *Upanisads* de los dieciocho más importantes, traducidos por primera vez al castellano directamente del sánscrito por Daniel de Palma con prólogo de Raimon Panikkar. Las *Upanisads*, sobre todo las del período de los *brâhamâs*, tratan *los problemas que preocupaban a los pensadores de entonces y las teorías con las que intentaban explicar los procesos individuales y cósmicos*; son de carácter filosófico y científico, y en ellos podemos encontrar desde una glorificación del canto, hasta un mito similar al del auriga de Platón, además de la posibilidad de juzgar por nosotros mismos, si el pensamiento hindú puede o no ser considerado filosofía; pregunta fundamental en cuanto a relaciones ideológicas Oriente-Occidente se refiere.

También traducido, por primera vez directamente al castellano, una de las obras más famosas en Occidente de la literatura tibetana: *El libro de los muertos tibetano* cuyo verdadero título es *La liberación por audición durante el estado intermedio*, obra ritual de un gran hermetismo y belleza, que debe susurrarse al oído del moribundo para que pueda salir del *samsâra*, mal llamado círculo de las reencarnaciones, y llegar al *nirvâna*.

Esencial, a pesar de ser una colección de fragmentos —y en parte traducción indirecta a partir de la francesa recientemente publicada por A. Paruit—, “El vuelo mágico” de M. Eliade instaura un peso decisivo en esta colección de los miembros del “círculo Eranos”. Casi un autorretrato del “primer viajero rumano”, “exilado de sí mismo”, en sus intentos de volver simbólicamente a una patria inaccesible, espiritual; intentos en los que, sin embargo, no llega a sufrir una “absorción en lo Otro”. Eliade hace Historia de las religiones como ascesis y hermenéutica; se sumerge en los documentos como en la materia inerte, —*descensus ad inferos*— para volver luego a la vida, a la comprensión: imitar la creación del Mundo.

La ruptura de la historicidad se da a través de una voluntad del espíritu por separarse de la naturaleza; un eterno retorno de la muerte y resurrección como aprendizaje.

Aquí toma sentido el “vuelo mágico”; frente a estéticas de la desaparición, en el viaje hacia lo alto no se precisa esa altísima velocidad que se da en los mitos de huida de la muerte. Desaparecer aquí es sólo “ir a un lugar interior”. En este sentido, en “Permanencia de lo sagrado en el arte contemporáneo”, muestra que la trascendencia de Dios representa su ocaso, y relaciona la muerte divina con la del arte. Pero el hombre occidental sigue participando de lo sagrado en las figuras producidas por el inconsciente.

Otra joya de la colección, el “Dionisos” de W. Otto —otro miembro de “Eranos”— referencia obligada desde hace medio siglo, critica las hipótesis racionalistas y “postrománticas” que olvidan las raíces ontológicas de la “manía” —Rohde, Willamowitz,— y muestra también importantes diferencias con otras lecturas heterodoxas —el “exceso orgiástico” de Nietzsche o “el triunfo del cultivo de la vid” de R. Gaves—. Dionisos nace y muere en múltiples formas, y su aparición trae la violencia entre los dioses; es “el que llega” y “toma posesión”. Estruendo, estampida, —es Bromio, el del trueno— es también silencio, fascinación, locura sombría de las bacantes. Aliado de los muertos y maestro de iniciación, dios de lo húmedo, siempre entre mujeres, manifiesta la transmutación de la naturaleza. De ahí que no lo represente una estatua, sino la máscara: presencia vertiginosa y alejamiento infinito, mirada-encuentro y superficialidad.

Pero para Otto el dios no es necesariamente lo originario. El mito aprehende las figuras del ser, en esa inspiración venida de lo Otro que es Dionisos para Apolo, cuyos reinos están unidos por el lazo del origen.

Un personaje de excepción —y de nuevo de “Eranos”— trata de la mística judía: el amigo y confidente de W. Benjamin, Scholem. Su obra inaugura el gnosticismo hebreo actual. Ve lo místico como encuentro de los mundos de la mitología y la revelación, y en este caso “se trata de una mística masculina, carente del elemento emotivo”.

Comienza en la Edad Media, con la Merkabá y el más antiguo misticismo, el “del trono”, aun más importante que la contemplación de la Naturaleza de Dios, y lo relaciona con el ascenso gnóstico del alma a su morada. A través del neoplatonismo hasídico y la Cábala, nos lleva al apasionante tema de los poderes de los nombres, donde la profecía es confrontación con uno mismo: “vi la forma de mi Yo frente a mí”.

Parte esencial del libro la dedicada al Zohar, tan importante en el s. XIII como la Biblia o el Talmud. Entre sus tesis, la ligazón del mal con la mano izquierda de Dios, “cólera” — idea importante después en J. Böhme.

Crucial también —y para entender nuestro tiempo— la interpretación mística del exilio, tras el que vendrán las versiones populares, con su desinterés por el “Dios des-

conocido”, y la definitiva decadencia (s. XVIII) a través, no casualmente, de la ética individual.

Es difícil exagerar la importancia de que se traduzcan, cada vez más y de manera más rigurosa, textos de otras culturas, como paso hacia el abandono por parte del hombre occidental de su posición de autosuficiencia y superioridad y como apertura a nuevos espacios donde, si no pretender encontrar respuestas, sí replantear las preguntas. En suma, diálogo entre distintas tradiciones, como vía para enriquecer el pensamiento; descubrimiento de que sólo la vida en común es posible — y hace posible el pensar.

Otro grupo esencial de los libros publicados en esta colección es el dedicado al pensamiento islámico. Por su cantidad e importancia, hemos considerado conveniente reseñarlos en un comentario unitario, que aparecerá en el próximo número de la revista.

Amanda NÚÑEZ GARCÍA

DUQUE, Félix: *La estrella errante: Estudios sobre la apoteosis romántica de la historia*. Akal. Madrid. 1997.

Duque presenta en este libro seis ensayos de los cuales cinco son inéditos. A pesar de que los temas tratados en ellos están estrechamente relacionados, cada ensayo es independiente, presentando sus propios desarrollos y conclusiones. Sin embargo, todos estos ensayos tratan de echar luz sobre un movimiento, el romanticismo, muchas veces denostado injustamente y otras admirado sin límites. Lejos de ser una mera corriente artística o una moda de la burguesía decimonónica, el romanticismo representa un actitud verdaderamente reflexiva (donde se incluye, por supuesto, y con muchísimo peso, la reflexión estética) ante los problemas de su tiempo. De todos modos, hay que decir algo en lo que Duque insiste constantemente y es que, si bien para entendernos usamos la palabra romanticismo o movimiento romántico, lo cierto es que no existió nada parecido. Grupo heterogéneo lo llama Duque, es decir, que lo que llamamos movimiento romántico surge del esfuerzo de un grupo de hombres que, aunque, en algunos casos se conocen y participan de las mismas ideas, tratan cada uno a su manera y desde distintos lugares de comprender la relación entre el hombre y la historia, entre la naturaleza y el arte, entre Dios y la Creación, etc.

Para Duque, el romanticismo se sitúa históricamente entre dos polos. Por un lado, el pensamiento ilustrado, que es a la vez el padre y el enemigo de los románticos. Por el otro, un polo aún no definitivamente concluido, que si bien se inicia con la ruptura nietzscheana con el romanticismo, todavía está presente en nuestra mentalidad, incluso paradójicamente a través del propio Nietzsche. Es decir, el romanticismo, un movimiento “tan disperso como magnífico, tan ambicioso como fallido, pervive aún hoy día “entre la nostalgia y la execración”.